

pintoresca confusión, las campanas del convento tocaban el *Angelus*... Pablo Estrada silbaba una tonadilla de zarzuela en boga: Antúnez hablaba sin deseos, únicamente por sostener la conversación; Matilde Landaluce, el domado levantisco espíritu por tantas sensaciones diferentes, se abandonaba a un dulce reposo.

Cuando Claudio Antúnez quiso marcharse, se ofreció la ocasión que Punto-Negro había acechado inútilmente durante todo el día. Pablo entró en el hotel a buscar el sombrero del pintor y los amantes quedaron solos.

—Espérame mañana, a las tres de la tarde, donde siempre,—dijo ella—; voy, aunque el cielo se hunda...

Claudio no pudo responder, porque Estrada volvía, pero la cita ya estaba dada: era un nuevo nudo que el Destino echaba al hilo fatal de su obra.

X

Y se vieron, y decidieron a ejecutar la más disparatada aventura que jamás imaginaron dos cerebros enamorados.

—Tenemos que arbitrarnos así—dijo ella—mientras pasa el verano y yo pueda recobrar mi antigua independencia de invierno, que va envuelta en pieles. Tú procura un disfraz y ve por las noches a rondar los alrededores de mi hotel, adoptando siempre las precauciones debidas... Situado en el punto que estimes mejor, esperas una señal mía; y... chiquito, la noche en que yo no pueda libertarme de mi gente, ¡qué diantre!... nos contentamos con vernos... Lo siento por ti, pero mucho, porque ¡cuidado si es largo el camino que tienes que recorrer!...

Aquella aventura, magnífica por los misterios de la noche y del disfraz, cautivó la imaginación de Claudio, ofreciéndole un fecundo nidal de episodios imprevistos y novelescos.

—Por las noches — continuó diciendo Matilde—, a eso de las ocho u ocho y media, salimos a la explanada; Juliana pone algunos sillones ante la verja del hotel, y allí nos sentamos a tomar el fresco y a charlar con los vecinos de los dos hotelitos inmediatos. A las once se deshace la reunión, y cada mochuelo vuelve a su olivo; luego, cuando todos duerman, procuraré hacerte entrar, o salir yo, escabulléndome por algún espiráculo a furto de mi gente. Tengo que aceitar las rejas de los pabellones para que no se quejen si acaso necesitamos abrirlas. Chico, ¡qué trabajo me cuesta decir «te quiero!...» Una frase tan pequeña y tan bonita...

Claudio Antúnez, con objeto de fortalecer sus recuerdos, pidió explicaciones prelijas acerca de las habitaciones, y del sitio en que debía esconderse si era sorprendido, y la ventana o puerta por donde podía escapar.

—Y para prevenirlo todo—añadió ella—, por las noches te molestas examinando la acerita que hay delante del hotel; yo, con toda idea, he aflojado un ladrillo colocado junto a la pared; y allí esconderé mis cartas; tú pasas luego, levantas el ladrillo, coges el papelito, vuelves a dejarlo todo según lo encontraste, y te marchas tan sereno... ¿Entiendes?

Transcurrieron varios días sin que Antúnez recibiese la cita prometida; el retrato de Matilde, que hasta allí le sirvió de pretexto para acudir tantos días consecutivos al hotel de Pablo, estaba concluido y fué preciso despedirse.

El retrato resultó un prodigio de ejecución; aquéllos eran los ojos de Punto-Negro, grandes,

parleros; aquélla su boca, fina, enigmática: aquél su rostro pálido, de mujer nerviosa, en quien las continuas impresiones robaron a las mejillas su sonrosado color; aquélla su frente, ligeramente bombeada, surcada de arrugas, fértil en pensamientos: era Matilde, su cuerpo y su alma, su espíritu entero viviendo por aquella cabeza orleada de cabellos negros y crespos, lo que se destacaba del fondo negro iluminada por una luz misteriosa que parecía venir de arriba.

—¡Está hablando!—dijo Estrada, resumiendo en esta frase trivial la compleja sensación que el cuadro le producía.

Y doña Carolina añadió:

—Sí, sí, en efecto; está hablando...

Lo más sobresaliente del retrato, lo había pintado Claudio de memoria, y tan fielmente obedeció su mano a su fantasía, que realizó la parte plástica de la figura pintando su espíritu. Era un esfuerzo magnífico, digno de un Velázquez; una explosión soberana de genio, que sólo podía objetivar un artista enamorado locamente de su modelo, porque en él resplandecía lo invisible, lo que sólo siente el corazón, lo intraducible, porque el espíritu no puede encerrarse en palabras ni en colores.

El mismo Antúnez admirado, contemplaba su obra absorto. Aquella cabeza era la realización terminante y rotunda de un ensueño borroso; y entonces advirtió que la hermosura de Punto Negro, había hecho palidecer la de su antiguo ideal femenino: comparaba el retrato de su querida con el de su rubia amante de ojos verdes, y le parecía que ambos se confundían en un nuevo tipo mixto: los dorados cabellos de la cabeza primitiva, se ennegrecían, y los ojos de la otra verdeaban, tornándose más tranquilos y profundos, más enigmáticos...

Después oyó la vocecilla de don Pablo, que decía:

—Dentro de un siglo este cuadro valdrá muchísimo, ¿eh...? Porque, con los años... pues, es natural; el valor de las obras artísticas se centuplica... Ahora; usted no se enojará si le pregunto cuánto vale su trabajo...

Claudio se negó a aceptar cantidad ninguna, y aunque Matilde y doña Carolina porfiaron mucho para torcer su cortés determinación, el pintor no cedió.

—Aunque lo que voy a confesar—dijo—, parece una excusa, sepan que los cuadros que pinto más a gusto, son aquellos que pienso regalar, porque únicamente entonces me creo verdadero artista: pinto por el placer de pintar, no para comer de mi trabajo, y así deseo que, pues este retrato es de mi agrado, tenga a mis ojos, amén de otras buenas cualidades, la de no haberme dado dinero.

Cuando Antúnez se iba, Pablo Estrada le acompañó hasta el jardín: el buen hombre no sabía cómo demostrarle su agradecimiento por aquel valiosísimo regalo que inmediatamente pensaba ocultar en la penumbra del salón cerrado, para que la luz no lo deteriorase. A ratos le parecía que el cuadro no valía gran cosa: otras, recordando lo que Claudio dijo del precio fabuloso de algunos lienzos del Museo, miraba al pintor tenazmente, asombrado de que le hubiese cedido un fortunón tan de improviso y generosamente. El obsequio le había transfigurado, y se mostraba locuaz y expresivo.

—Ya sabe usted dónde tiene un amigo y una casa; usted entra aquí cuando quiera, y un domingo en que no tenga usted mucho que hacer, echa una canilla al aire viniéndose a cenar, con nosotros...

Claudio Antúnez se fué, prometió visitarle cuantas veces pudiese: cuando ya iba lejos volvió la cabeza para saludar a Estrada, que seguía parado delante de la verja, y vió a Punto-Negro, que le saludaba desde una de las azoteas: sólo pudo divisar una pequeña parte del busto que sobresalía por encima del aféizar, su inteligente cabecita y su sombrilla encarnada, luciendo al sol como una enorme amapola...

Muy pronto comenzó a iniciarse en Claudio Antúnez una germinación enfermiza de celos. Continuamente y bien a despecho suyo, no sabía recordar a Matilde como no fuese viéndola cruzar con su marido la calle de Alcalá: a ella recogíendose las faldas para no salpicárselas de barro; y acentuando las formas del cuerpo con aquel movimiento de perversa pulcritud; y a él, a su lado, balanceando el tronco sobre las endebles piernecillas, y rodeándola el talle con el brazo derecho. Evocando estas puerilidades no podía domeñar el curso de sus pensamientos, y se representaba las escenas íntimas del matrimonio: viviendo juntos, comiendo en la misma mesa... ¿Y no podía suceder que el agradecimiento de Matilde hacia las mercedes de Pablo se pusiesen algún día la careta del amor, disuadiéndola de sus liviandades y moviéndola a ser otra vez buena esposa?... Les veía cruzar el jardín y subir los dos escalones que daban acceso al recibimiento y cerrar la puerta del hotel; el ruido de aquella puerta defendiendo al rival poseedor de la mujer querida y aislándolo del mundo, le parecía a Claudio algo tan fúnebre como un ataúd que se cierra: y luego acostarse juntos sobre aquel soberbio lecho, de nogal, que se hundiría amorosamente bajo el doble peso de sus cuerpos, cual si quisiera reunirlos en el fondo de un bache de pluma... Los celos germinaban en su alma como la mala hierba en campo abo-

nado, y tal incremento adquirieron que, no pudiendo disimularlos, se los confesó a Matilde.

—Tú me has metamorfoseado — decía Claudio —; no sé cómo empezó esta evolución, porque en el alma no hay linderos y vamos de unos pensamientos a otros insensiblemente; yo, Punto-Negro, empecé contigo riendo, y ahora, y bien a despecho mío, parece que voy a concluir rabian-do. ¡Si esto pudiera evitarse!... Pero no; la vida es un libro terrible que no tiene fe de erratas. Siempre pienso que eres de otro. En el desarrollo de esta preocupación influyen varias causas: nuestras entrevistas, en cada una de las cuales afirmaste y extendiste tu imperio sobre mí; mis visitas a tu hotel y el pretexto que me sirvió para entrar en tu casa, pues retratándote pensaba en ti como amante y como artista... ¡Qué maldito contubernio de circunstancias fatales!... Te llevo aquí, siempre aquí entre las cejas... y lo peor es que nada puede distraerme... Las mujeres que conozco, si son hermosas me parecen esculturas animadas, a quienes la posesión desnuda de atractivos; carne de orgía que se compra o se conquista fácilmente y que luego se menosprecia y se olvida; torpes amores que, una vez apurados, sirven de ludibrio en la mesa del café... ¡Oh! tú no puedes parangonarte con esas infelices queridas anónimas que apenas ocupan un renglón en las páginas de mi historia: ni con Amparo, porque entre vosotras toda comparación es imposible; tú eres la querida locuaz que canta y ríe, espantando el fastidio con el eco de sus risas; y ella la esposa fiel, callada, que acepta mansamente mis antojos, contestándome con el *sí*, invariable monosílabo de los necios...

Este era el lema predilecto de sus conversaciones: él peroraba nervioso, excitadísimo; ella son-

reía, poseída de suave quebranto, gozando el placer orgulloso de ser amada.

La pasión de Claudio modificó su ideal artístico: su Matilde soñada no era idéntica a la Matilde Landaluce real; tenía los ojos más tranquilos y de mirada más penetrante, reveladora de esas grandes pasiones reconcentradas que no hablan; el pelo más rubio, más ondulado; no tan encrespado; los labios más gruesos; y conforme aquella Matilde imaginaria se aproximaba a la abstracta mujer de ojos verdes, ésta cambió también, cediendo ante el influjo creciente de Punto-Negro. De todo este complejísimo movimiento psicológico resultó una Matilde semi-rubia, con la frente bombeada, la barbilla saliente y el rostro ovalado y moreno, que realmente tenía, pero con los labios algo más gruesos y encendidos, el mirar más sereno, el color del pelo más claro. Cuando Antúñez explicaba estas enrevesadas psicologías de su espíritu, Matilde reía.

—Chico, ¡qué bien!...

—Para mí hay dos Matilditas—decía el pintor—, una algo más negrilla que la otra. Todo lo tuyo me embelesa: tus vestidos, tus perfumes, el metal de tu voz, tan acariciador y pastoso como aguda es tu risa... ¿Qué más...? Admiro no ya tu nombre, que es sonoro y gratisimo, por ende, al oído, sino la forma y disposición de las siete letras que lo componen... Me gusta la *M*, grande y ancha; después la *a*, pequeñita; luego la *t*, tan airosa, con su trazo horizontal, que parece proteger a la *i*, que la sigue: la *l*, larga y esbelta... y así de las demás. Es un nombre bonitísimo, como la retrechera personita que lo usa... ¡Diantre! Quisiera que en tus pupilas se grabase mi imagen y en las mías la tuya para que nuestros ojos fuesen pregonando este amor y lo supieran cuantas personas nos mirasen a la cara.

Estas conversaciones, que empezaban alegremente, concluían tristes: Claudio renovaba sus celos y sus deseos de conservarla para él sólo.

—No consiento—decía—que nadie se regodee con tu cuerpo: si te beso, pienso en que él también te besa; si me abrazas tú, imagino que así le abrazas a él: es un tormento horrible del que las mujeres no pueden formarse idea cabal, porque vuestros celos son la parodia de los celos masculinos... El representa lo legal, lo honesto; yo el crimen, que huye embozado entre sombras... ¡Qué desesperación...! Yo anhelo de ti algo que sea exclusivamente mío; por eso te llamo Punto-Negro, porque Matilde te dicen todos; Matilde te nombró el cura para casarte... ¡Y me gusta tantísimo decir: «Ven, Punto-Negro!...» Así no te llama nadie, ¡nadie...! En eso, por lo menos, tengo la seguridad de ser el primero...

Ella, conmovida y alegre, reía y lloraba; parecía una de esas tardes primaverales llenas de anojos, en los cuales, mientras las nubes llueven, el sol brilla, formando arco iris.

—No digas eso—replicaba, enlazándole los bracitos al cuello—; yo me cuido muchísimo, para agradarte siempre, y lo dejaría todo por ti. Bien sabes que la mujer mejor alabada es aquella de quien no se habla; sin embargo, no me importa dar un escándalo mayúsculo, y hasta salir en los periódicos con tal de verte feliz...

Y continuaba diciendo, con aquel gracioso desenfado que en las situaciones peores le aseguraban el triunfo.

—Pablo me quiere mucho; él, por lo menos, así lo dice: pero su cariño es frío, reglamentado; es, la suya, una ecuanimidad incomprensible para nosotros; como si llevase un libro diario donde apuntase las caricias que me hace y tuviera un límite máximo, del cual se comprometió consigo

mismo a no pasar. ¡Chico, quien quisiera observarnos, podría reventar de risa...! Cuando le sienta venir por un lado, escapo por otro, rehuyendo tropezarme con él, pues siempre temo que en el ridículo cronómetro de su cariño haya llegado el momento de abrazarme. Ayer subía yo la escalera, y al llegar arriba ¡pum! salió él de mi alcoba.—Niña—dijo—, ven.—¿Qué quieres?... llevo prisa... Y en esto le veo poner carita de pascua y hacer ademanes de darme un abrazo. Pues, ¿sabes lo que hice? Poner muy mal gesto y decirle:— ¡Eres de lo más inoportuno...! Abrí la puerta del salón que, como recuerdas, está a oscuras, y a tientas acerté con el cuarto de mi madre y por allí me escabullí. ¡Chico, qué bien...! ¡Ah! lo chusco fué que mi madre se quedó estupefacta al verme.—¿De dónde vienes?—preguntó—. Y yo iba tan furiosa que no supe contenerme.—Vengo — dije—, huyendo de ése... que ha querido abrazarme... Creí que la sorpresa desarticulaba la mandíbula inferior de doña Carolina, porque abrió la boca como si fuese a tragar un panecillo.—¿Y quién es ése...?—Toma, ¿quién ha de ser...? Pablo... ¡La Biblia, chico...! Por las noches sucede igual: no bien se acerca a mí, empiezo a quejarme: ¡me duele la cabeza, me duele el corazón, no puedo respirar...! Y al pobrete se le resfría la pasión y toma el olivo. Yo no sé fingir, y cuando no quiero a una persona la rechazo aunque me la presenten en bandeja de oro cincelado; ya no es por ti, a quien no ofendo ni con el pensamiento; es por mí... porque le aborrezco...

Y agregaba bajando la voz, para darle mayor encanto a su confesión:

—Es, porque me inspira asco...

Al fin llegó la deseada y temida noche de la cita en Cuatro-Caminos, con las precauciones, disfra-

ces y demás picantes zarandajas detalladas por Matilde Landaluce.

Teresa fué quien buscó el disfraz, que el pintor dijo necesitar para un modelo.

—Escójalo usted todo grandecito—añadió Claudio—y no repare en dos pesetas más, porque es un hombre tan alto como yo. La gorra, que sea grande también; llévese usted de muestra ese sombrero viejo que tengo ahí...

Antúnez regresó aquella noche a su casa cerca de las nueve, cenó en un santiamén y empezó a disfrazarse, él creía hacerlo de prisa, pero realmente iba muy despacio, distrayéndose en detalles insignificantes, mientras su pensamiento correteaba gozoso los campos de Cuatro-Caminos. Al cabo quedó transfigurado, pero tan completamente, que la misma Teresa tardó en reconocerle: con sus alpargatas blancas, su blusa gris listada de negro, su cuello desnudo, la barba negra y fuerte, y la gorra coquetonamente ladeada sobre una oreja, parecía uno de esos obreros atléticos de los Altos Hornos de Bilbao, curtidos por el calor de las fraguas y los aires del mar.

—¡Pero, don Claudio!—exclamó la manchega persignándose—, usted se ha vuelto loco. ¿Dónde demontre va usted a estas horas y con ese porte?

—Al infierno, Teresa

—¡Jesús, María...!

—No consigue usted nada recordándome nombres de redentores, ni de vírgenes; yo soy un diablo mundano que no teme al agua bendita... ¿Recuerda usted una joven bajita, enlutada, que olía muy bien...? ¡No sea usted torpe...! la que vino a verme algunas veces... Pues bien; esa señora es el demonio disfrazado de mujer; un diablillo monísimo, perfumado con esencia de Chipre; me